

Cecilia Szperling

Las desmayadas

Fábula autobiográfica

Cecilia Szperling

Las desmayadas

Fábula autobiográfica



Agradecimientos

Empecé a escribir *Las desmayadas* a instancias de mi editora, Mercedes Güiraldes. Ese impulso reverberó y esa misma tarde escribí el inicio de la novela que leí al día siguiente en La Orquídea a quien tanto admiro, Gabriela Cabezón Cámara. Su escucha fue réplica del estímulo inicial, y así esta novela brotó de manera un poco involuntaria e inconsciente. Nos encontrábamos con Gabi todas las semanas en el bar venezolano de la calle Mario Bravo a leer en medio del fragor de la militancia feminista- ya sea juntando firmas y repartiendo pañuelos verdes, como en lecturas callejeras, asambleas o marchas, jornadas épicas en las que éramos legión. La partera del amor María Moreno me alucinó en su casa una tarde, para mí infinita, que contuvo todo lo que hay en la novela y su próxima saga, y tal vez otra más. Esta novela la había sembrado en mi mente Laura Ramos, tal vez sin saberlo.

Agradezco a las genias de Mariana Obersztern, que siempre está cerca de mis creaciones, y Nora Moseinco.

A Agustina Perez Rial, a sus stickers con escenas y a su búsqueda detectivesca de un orden, porque como dijo alguien *El inconsciente tiene estructura de ficción* y a Lucía Osorio e Irina Raffo completando ese trio de montajistas excelsas de manos mágicas y transparentes.

A las bellas lectoras que me engañaron haciendo sonar su música en mis palabras: Lola Di Tella, Violeta Kerszberg, Olivia Pranteda.

Y a Andrés Gallina, en quien las olas caprichosas de párrafos revueltos encontraron un poco de reparo.

El calor de la hermandad en las calles me remitió a la unión con mis hermanas y mi mamá, a ese gran animal de muchos brazos que fuimos para atravesar juntas tiempos difíciles.

Índice

Primera parte

Camisones volando sin cabeza	13
La muerte del Padre es destierro	17
Hilos blancos exterminadores	19
El oído es como un ojo	21
Imágenes apiladas en los laberintos de mis oídos ...	23
Cada cara es una herida esta mañana	27
El desmayo es el sinsentido	31
¿Cuánto dura un desmayo?	33
No hay fiesta	37
Menor brilla en todas partes	41
Cacique autocoronada	43
Mi propio pulpo	45
Madre trae el viento en su pelo	47
Las duelistas	51
Y su voz repite la poesía	55
¿Comías rosas, mamá?	59
Berta Singerman desde el tocadiscos.....	63
En el bosque comiendo raíces	65
Hermana imaginada. Hermana verdadera	67

Segunda parte

Hay fiesta	75
Susurros en una noche de verano	77
Valle de retos	83
El jardín se multiplica	87
Doctor y niñas	91
La hermandad se poliniza	93
Hermanas en las camas	97
Pasar a la clandestinidad	103
La casa fatídica	107
Hermanas en la cama	111
Tienda de Campaña	115
En guerra	117
El río marrón	121
Hospital Viento nos Vuela	123
No bombardeen Buenos Aires	127
Club de desmayos	129
Madre llorando por los pasillos	131
Un amigo de la familia	133
¿Cuánto dura un desmayo?	137

Tercera parte

Cuadro con Niña y Médico	143
Las abejitas laboriosas	145
¿Era la muerte un caballo lunar que descendía veloz?	149
La luna baja.....	151
Madre es tan bella	153
Es otoño y tengo una camisa	157
¿Estoy a punto de perderlo todo?	161

Las desmayadas	181
----------------	-----

El desmayo es el momento real	
más irreal que conozco	165
Esteros. Vapor. Calor	169
Hacemos un pozo, buscamos agua	173
Agradecimiento	177

Primera parte



Camisones volando sin cabeza

Escucho que acaba de morir padre. Tengo 15 años. Veo a mis hermanas bailar, resplandecer en medio de nuestro jardín-selva que nadie cuida, bajo una luna desbordada, redondísima, blanco-fuego. La luz lunar las vuelve brillantes, fuertes, hermosas. En sus camisones parecen diosas griegas en el Parnaso, luciérnagas iluminadas de alas transparentes.

Llega el quejido de Madre desde su cuarto. Es un desgarró. Agudo, quebrado, una vibración sonora imperceptible para el resto. La habitación queda lejos, pero lo escucho perfectamente. El timbre del quejido me cae como un rayo en la cabeza y me convierto en estatua de sal.

Voy a desmayarme. Sin embargo, suspendo el desmayo. No es adecuado hoy requerir atención. Dejo que mi alma me abandone y se lleve todo lo que hay flotando en mí, mientras los esfuerzos se conducen a mantener mi cuerpo erguido, de una pieza, aquí, clavado en el jardín salvaje.

Mi cerebro lunar, lunático, nocturno, elabora una espesa sustancia química que va a enturbiar esa luz lúcida, transparente, que deja ver límpida la agonía y la muerte. ¡Imposible mirarla de frente! ¡Encandila! Como respondiendo a una orden o a un ruego que saliera de mis entrañas, él me envía su síntesis neuronal a través de sus tentáculos eléctricos, un rayo reluciente que llega a las terminaciones nerviosas de todo mi cuerpo.

Así estoy, sonámbula, narcotizada de dolor y desbordada de anestesia propia para insensibilizar.

Logro vaciarme, despegarme de mí. Verme desde afuera. Ya no ser. Ya no soy nada. Salgo de mí. Ahí está la luna, blanca, indolente, y quisiera, como ella, estar apagada, solo reflejar la luz de los otros.

Los demás sí, son. Sí, saben. Sí, quieren. Sí, pueden. Yo no.

Somos tres niñas adolescentes de 12, 15 y 18 años a las que les acaban de anunciar que hallaron a su padre sin vida en la habitación del primer piso, la de la terraza que da al jardín en el que ellas permanecen desde hace largo rato.

Una muerte anunciada pero no dicha.

Una muerte escrita en el cuerpo pero sin palabras.

Se enfría el aire del jardín nocturno. Llega el aliento de los brujos de nieve a helarnos la sangre a mis dos hermanas y a mí. Las tres convirtiéndonos en estatuas de hielo, muñecas de nieve. Luego, el viento desde el suelo, recorriendo pantorrillas, muslos, alzándonos los camisones hasta el cuello.

Tres hermanas desnudas como tres estatuas de bailarinas en el jardín, alrededor de la estatua central del Quijote malherido.

Los camisones largos, de mangas largas, volando sobre nuestras cabezas. Viento nos los quita con sus ráfagas envolventes y ascendentes. Viento nos los arranca, nos los roba, nos los saca. Los hace volar. Blancos, iridiscentes, refulgiendo en la noche como luces malas, como luciérnagas. Flotan suspendidos. Con sus telas tensas a más no poder. Brazos y cuerpos armados, como niñas voladoras sin cabeza.

Viento levanta hojas del suelo y hace con ellas su capricho. Ahora Viento sacude camisones de lado a lado, los hamaca, los sube y baja. Viento arma, dirige, construye la escena espectral: nuestros camisones fantasmales flotando en el cielo del jardín familiar. ¡Jardín ópera! ¡Jardín teatro! Camisones volando sin cabeza. Viento lo logra. Logra La Escena Muerte casi completa.

El desmayo es el sinsentido

Muy arriba, en mi habitación, intento no desmayar. Estoy muy mareada, como en un barco. Clavo la mirada en la pared y veo negro.

Despierto desplomada contra el piso de madera veteada. Fueron unos pocos minutos ausente. Recupero el sentido por mis propios medios. Me levanto, me tiro en la cama. Ya estoy consciente.

El desmayo es el sinsentido. Como si alguien hubiese iluminado la sala oscura del cine con luces muy potentes y la pantalla se quedara sin imagen, ciega. La pantalla iluminada no se ve. Descubro la pantalla ciega en el cine vacío. Antes sucedían tantas cosas en esa pantalla... Ahora es imposible ver, las luces eclipsan la película como la luna nueva radiante las estrellas. Encendieron la luz demasiado pronto.

Tengo solo 15 años.

Si miro al otro lado, veo butacas vacías y un teatro de la nada.

¿Dejaron de suceder?

Tres hermanas desnudas como tres estatuas de bailarinas en el jardín, alrededor de la estatua central del Quijote malherido.

Los camisones largos, de mangas largas, volando sobre nuestras cabezas. Viento nos los quita con sus ráfagas envolventes y ascendentes. Viento nos los arranca, nos los roba, nos los saca. Los hace volar. Blancos, iridiscentes, refulgiendo en la noche como luces malas, como luciérnagas. Flotan suspendidos. Con sus telas tensas a más no poder. Brazos y cuerpos armados, como niñas voladoras sin cabeza.

Viento levanta hojas del suelo y hace con ellas su capricho. Ahora Viento sacude camisones de lado a lado, los hamaca, los sube y baja. Viento arma, dirige, construye la escena espectral: nuestros camisones fantasmales flotando en el cielo del jardín familiar. ¡Jardín ópera! ¡Jardín teatro! Camisones volando sin cabeza. Viento lo logra. Logra La Escena Muerte casi completa.

¿O suceden, pero devoradas por la luz ya no están a mi alcance?

Todas las emociones conocidas y por conocer las encontraba ahí.

En una película aprendí a desmayarme. Me dije que sería un comportamiento femenino aceptable. Una práctica tolerada. Luego, tantas pinturas en enciclopedia y en museos de mujeres desmayadas. La mujer que se desmaya desnuda, se desmaya en camisón, se desmaya en traje sastre, en trajecito Chanel con taco aguja. Se desmaya loca en la clínica del doctor Charcot, en el diván de Freud, en el circo con el hipnotizador. La mujer en trance, bata blanca y pelos angustiados. Esa mujer adolescente, pelos de loca y camisón de loca, podría ser yo. Aunque me verán más bien Ofelia corazón roto, ahogada en el lago transparente adornada con flores. Túnica bordada. O más bien seré la Eterna Niña Paciente de Doctor atendida en el consultorio del edificio de paredes gruesas y columnas francesas. El Doctor genio eminencia que todo lo sabe; el Doctor veloz que es eficiente y que critica todo enunciado porque solo él lo dice de modo correcto; el Doctor prócer, héroe, antes de que existiera el Doctor explotado, mal pago, que no cobra lo suficiente para ir calmando hipocondríacas, mujeres que quieren llamar la atención, o que simplemente tienen ese carácter, esa hipersensibilidad insoportable.

¿Por qué me desmayo?

las esconden en altillos, en piezas secretas. La neurótica, la enferma mental que se clava la aguja y no la siente, levita, mueve cosas, es casi meta humana o espiritista. Es para mirar, fotografiar, meterla en una jaula, filmarla, pero siempre del lado de afuera.

¿Quién fotografía a las locas? ¿Y si mañana me volviera ardilla, solitaria, la loca de los gatos, la muerta en vida? ¿Pudiera un fotógrafo fijar ese estado? ¿Cómo permanecer persona y no rata de laboratorio, lista para que la inyecten, hagan pruebas y luego la maten? Habría que permanecer persona sin que obtengan una foto que nos deshumanice.

El fotógrafo, el doctor, el médico, el director de cine, el psiquiatra investigador, se fascinan en retratar a las descentradas, perdidas, encerradas para exhibirlas, como monos, como el ayunador del circo, el hombre de dos cabezas. La locura es un fenómeno decorativo, estético, un catálogo tan fascinante como repulsivo. Y el hombre que las explora extrae esa pasión, ese exceso y vuelve a su confort y a sus privilegios de explorador, de descubridor. ¿Descubridor de qué? ¿Qué no estaría descubierto? ¿Descubre a la demente frente a quién? ¿Para qué o quiénes arma el catálogo?

El desmayo es elegante, es el deseo hecho carne. Puede ser etéreo, como una bailarina clásica en zapatillas de punta. Puede ser una brisa leve de primavera.

Yo desmayo, Juana de Arco, me silencio, me duermo, así no molesto pero así el mundo tampoco

¿Cuánto dura un desmayo?

¿Poca azúcar en la sangre? ¿Disritmia? ¿Terrores? ¿Podría yo pertenecer a la serie de esas locas de la Salpêtrière? ¿Presa, reclusa, ensoñada, fuera del mundo? ¿Hasta dónde llegará la locura en la Niña? Teme Madre, teme Niña, como un espejo que aumenta y deforma.

El desmayo está aprobado siempre que no llegue al éxtasis, que no se convierta en ataques, poses, actitudes salvajes, pasionales, estados alterados, diabólicos, infernales. A eso le temo, un temblor de todo el cuerpo. Podría ser epilepsia, posesión, enfermedad.

Veo mujeres en libros, fotos, películas, encarnando lo fuera de sí, lo que se fue de este mundo, lo que partió y dejó la razón a un lado, el desborde. Las muestran en su versión oceánica, excesiva, tan intensas que se queman y se consumen en su propio fuego. Un ser para ver y salir corriendo. Veo fotos, retratos, cuadros de pintores, cuentos que

me molesta. Me escapo por un vector permitido. Es una salida de emergencia para abandonar la escena del modo más elegante, sin volverme roja de furia y enojo, sin que puedan después aprovecharse de ese trance. Es una adaptación. La mujer desmayada consigue respeto, consigue callar al otro. Escucha el click del disparador de la cámara que va a dejar el retrato de un sufrimiento no querido, no buscado. Buscará la compasión del espectador, que si no es completamente cruel, logrará de algún modo alojar y albergar a la desmayada.

Acciones y reacciones que van encadenando las escenas de espejos enfrentados. Podría definirme: Niña paciente en cuadros clásicos, en libros de medicina, en cine de época. Una Niña Paciente que viaja en el tiempo y está en la guardia de azulejos blancos con olor a alcohol, a formol. Niña lánguida de palidez y pelo largo de quien se espera una muerte joven. La Niña que muere de amor. La Niña que se desmaya esperando a su prometido que muere en la guerra. La Niña que se escapa a caballo con su verdadero amor. La Niña que se envuelve en una piel de asno para evitar a un padre abusivo. La Niña que se pone la caperuza para esconderse. La Niña presa, la pequeña princesa no reconocida. La Niña fantasma. La que corta la cabeza y la sirve en bandeja. La paciente rebelde de la psiquiatría. La que desmaya como un suspiro que conmueve o la olvidada, porque está loca, habla sola y a nadie le importa lo que dice. Niña en duelo pierde el rumbo, se escapa, hace trampas.

Se esconde. La vida parece no tener objetivos, el futuro se detiene. El tiempo avanza hacia abajo, va cavando un túnel hacia el centro de la tierra. El tiempo huye hacia un costado, detiene la progresión en línea. Nada tiene sentido porque la muerte es un gran humo negro a la espera de llevarse todo y no dejar nada en pie.

Desmayo es perder el sentido.

Desmayo, un modo estético de soportar el presente.

Una droga fuerte me ausenta unos instantes.

¿Necesito evasiones?

Lali trabaja en casa haciendo las tareas domésticas. Vino en reemplazo de su hermana, Goya. Su vida fue muy difícil. Lali venía arrastrando una pena, se la veía mustia, enojada, impenetrable. Tanto que ya no me animaba a hablarle, casi.

Entra en mi cuarto. Se acerca y con un gesto torpe, completamente ajeno, como si casi no supiera de qué modo hacerlo, me acaricia el mentón y el rostro. Por primera vez reconozco un gesto de Goya en su boca. Goyita sabía hacer peinados y contar historias encantadoras y tristes que me rompían el corazón. Si no se hubiese casado y armado una familia propia, si no se hubiese ido, hoy estaría abrazándome. Sin embargo, Lali ahora me acaricia y me habla por primera vez

—Pero cómo que se anda desmayando. No se va a morir hoy, niña.

No hay fiesta

No hay fiesta, anuncia Madre. Madre es la que piensa la casa y las niñas adentro. Madre es la que entendió y acompañó al muerto. Y pareciera que él le dejó instrucciones que nosotras debemos acatar.

¿Habrá dejado dicho Padre que suspendamos los festejos? ¿Que entremos en fase gris? ¿Que empiece pronto un ayuno o dieta de orfanato? ¿Que la casa festiva sea la casa hospital y luego la casa orfanato? ¿Tendríamos que enfermar a la mascota, envenenar la casa, terminar con esos noviazgos posibles? ¿Habría que dormir a luz de la luna, entre nosotras y beber cualquier belleza existente en nuestro universo solo nosotras? ¿Deberíamos estar enfermas también?

¿Qué tenemos que hacer, Madre? Decinos qué es lo correcto.

El hálito de la enfermedad de Padre había estado flotando sobre nuestras cabezas como bruma, como nubes bajas colgando del techo.

Mi propio pulpo

Somos un animal de seis brazos.

No me elige nadie. Yo me elijo. O yo me erijo en cacique porque no hay nadie. Y necesitamos caciques.

Aunque somos un pulpo las tres apiladas, de piel mojada en pelopincho y calorcito y frescor de agua y formamos ese animal de seis brazos y podríamos ser una comunidad horizontal, no es así.

Mayor da directivas. Es muy terminante y determinante. Pero yo soy la cacique que fuma la pipa con Madre y con Hermana y con quien sea necesario en el mundo. Soy una mensajera, una emisaria. Veo quién en este universo puede ayudarnos. Decirnos qué hacer.

Pero nadie me dice qué hacer. Nadie tiene consejos. Tienen opiniones acerca de nosotras. Eso no es ¿qué hacer? Eso es cómo te ven. Y esa no era la pregunta. Porque no sabemos que somos vistas.

Escucho roooooosssaaassss, roooooosaas y la voz se va hundiendo, sumergiendo, es áspera y hermosa, grave, casi ronca, suena como el llamado de un cuerno. Es el shofar, que congrega con un sonido que parece ser la llamada del centro de la tierra o de los cielos de los dioses.

La rrrrr de rrrosas se vuelve una rosa masticada con suavidad en su boca. La lengua rosa, la saliva suave. Pétalos envueltos en saliva, amasándose en líquido amniótico bucal, mezclándose en la lengua rosa, rosada, clarita. Con el rojo carmesí de la rosa roja tan maravillosa.

Los poros de la lengua absorben los sonidos como pétalos. Sonidos con aroma y con sabor a pétalo de rosa, a rocío, a pasto, a savia.

Las papilas transforman vocales en gustos. Madre está en el medio de una bacanal. En la cabecera de una mesa tan larga que no llega a ver dónde acaba porque parece la mesa infinita. Los gránulos de la lengua están transformando las vocales en objetos comestibles, si las flores lo son, que no para todos.

La AAAA la OOOO la Rosa misma.

Florecida.

La rrrr y la ssss, esos sonidos los disfruta como miel, como chocolate del mejor.

Madre se ve vacuna rumiando sus letras pasto rojo rosado. Amasando ese bocado una y otra vez.

Sucede que Madre cobra nuevos impulsos en medio de su duelo. ¿Cómo es posible?

Y su voz repite la poesía

Desde un ángulo oscuro del salón, veo el brillo del vidrio de la puerta de la cocina que me llama. Me acerco. Espío. ¿Qué hace Madre?

Y su voz repite la poesía. La repite, la susurra, la ensaya, la dice, la nombra, la come, la saborea. Su voz, su voz siempre. Con su aspereza y su brillo. Su voz grave.

Se escucha su timbre antes de que aparezca el sonido de una palabra, como en las tormentas: la electricidad primero y luego el trueno; un mareo o pequeña turbación anteceden al relámpago. Sentimos la tormenta eléctrica antes de verla y verla es la coronación de nuestra percepción, más que la sorpresa de una descarga eléctrica, lumínica, rutilante.

La voz prepara el aire antes. La temperatura, adecua la atmósfera. La transforma. La voz de Madre hace eso. Todas las familias tienen rasgos para compartir. Nuestro legado es la voz. Tengo su voz. Desde antes de nacer.

Hermanas y Madre vivimos solo para nosotras. No creemos que la gente nos vea y piensen. Pero todos nos ven y piensan. Y todo lo que ven, no es lo que nosotras vemos.

Ahora tengo que ser mi propio pulpo. Tengo que sumarme los brazos de mis hermanas a mis lados como si fuese una deidad hindú. Para amortiguar el impulso de Mayor a decir que “no” rápido, para pasar a otra cosa. Para amortiguar los efectos del duelo de Madre que la lleva a no hablar y a estar ausente.

Tengo que conectarlas a las tres con el deseo de festejar. Primero sumaré el deseo de Menor y el deseo oculto de Mayor a mi fogoso deseo de que Menor festeje. Luego Madre se verá atrapada en nuestra corriente eléctrica. La arrastraremos como la lava del volcán y haremos las cosas como le gusta a ella: sin que se dé cuenta. Arrástrenme. No me lo digan. Yo voy si me llevan. Y ahí voy como toro y Madre como buey, arrastrando con mis fuerzas a la que no quiere moverse, a la que no quiere decir.

Ahora hay que poner el doble de intensidad para todo. Si no, la inacción avanzará, mortífera, y se apoderará como un frío congelador de lagos, lagunas y ríos.

Berta Singerman desde el tocadiscos

Grundig lo dice con voz grave. . . Mi mamá la imita. En ese recitado, en esa repetición, pareciera que algo grave va a ocurrir. Es la voz de la tragedia. Como Medea, Electra, Yocasta. Los poemas suenan como alguien cercano a cometer un crimen, o a ser testigo de un crimen. Es un estado desatado. No es el habla de la mujer, no es el canto de la cantante. ¿Es un alma de poeta? ¿Estará oculto en todos? Un alma y un estado que solo anida en la voz de Madre diciendo poemas y de ninguna otra manera ella lo muestra. Esas pasiones estuvieron todo el tiempo atadas, amordazadas, o ni siquiera percibidas y solo se materializan al recitar, al declamar, al decir la poesía en clave de declamadora, en clave de recitadora. Ese decir de actriz antigua. Lo complicado del tú que hasta hoy lo dicen los poetas de acá y las letras de canciones de acá y el tú no existe entre nosotros. Se burlaban en la escuela de Madre por declamar. Pero ella seguía con su maestro anarquista español,